

Martha Bardaro, Profesora en Filosofía

Cuando la militancia significa más que hacer empanadas.

Ante la desesperación de haberse quedado sin trabajo gracias al régimen del Proceso, puso un kiosco donde alquilaba libros y dirigía debates entre sus alumnos y clientes. Su manera de pensar la vida siempre estuvo intacta, su pasión por la Filosofía la ayudó en los peores momentos. Su excelencia y enfoque en cuanto a la tarea docente son indiscutidos y reconocidos por alumnos y colegas. Un racconto de su vida, y la opinión de un amigo por convencimiento.

Con dos libros de filosofía publicados, y un tercero en gestación, hace más de dos décadas que no habla de otra cosa. Esa ciencia marcó cada paso que dio a lo largo del sinuoso camino que significa la vida. Martha es de los años de oro estudiantil en la Argentina, donde en el claustro universitario las palabras "debate", "discusión", "opinión" y "política" eran más que inherentes al ámbito. Esa época, que fuera víctima del plan maquiavélico y fascista de los sucesivos gobiernos con militares a la cabeza, y el poder total en sus manos.

Al caso, sólo sirve de contexto (¡y qué contexto!). Viajando atrás en el tiempo nos ubicamos en la década del 40, en Resistencia, ciudad natal de Martha Bardaro. Cuando terminó la secundaria en la Escuela Normal, creyó que su vocación era la psicología, pero de manera casual llegó la Filosofía a su realidad, y se fue imponiendo poco a poco, enamorándola. Como una pasión que no reconoce razones, surgió en su vida y la llenó de un cristal distinto para mirar el mundo.

Pasó el tiempo, y la preferencia por esa mirada fue en aumento, al igual que las ideas políticas que rondaban en su cabeza, alimentadas con el clima candente y de efervescencia idealista que rodeaba la burbuja universitaria. Casi simultáneamente a recibirse, comenzó con la militancia sociopolítica, mientras que los debates estudiantiles irritaban cada vez más las narices autoritarias que se estaban perpetuando en el poder.

Comienza la militancia

Villa Río Negro es un barrio aledaño al conglomerado de la capital chaqueña, está justamente a la vera del río que le da su nombre. Negro, que lo describe en su totalidad,

de aguas oscuras como la locura, y con vegetación tupida que le proporciona un aspecto tenebroso. A mediados de los 60 era muy periférico, con pocas casas, árboles y plantas silvestres en abundancia que le daban al barrio un aspecto montaraz. Actualmente, la zona está más que poblada por casas grandes, lujosas, de frentes amplios y jardines cuidadosamente diseñados que han perdido la memoria de un origen modesto.

Protagonista de una época que estaba en medio de una conmoción política y social, donde se discutía mucho y había un fluido intercambio de ideas, Martha pertenecía al Peronismo de Base (PB). Este grupo, extrapartidario, estaba enfrentado al Peronismo recalcitrante, y su militancia sociopolítica comenzó en este barrio, junto a compañeros de PB.

La mirada se pierde entre los libros de la biblioteca que flanquea el living, mientras recuerda la primera vez que fue al barrio, junto a un compañero de militancia que hacía tiempo trabajaba allí, y dice: “Llegamos justo cuando un grupo de familias estaba por cenar, y por supuesto nos invitaron. Yo no quería comer, porque sabía que si comía alguien se iba a quedar sin comer. Entonces mi compañero me pegó un codazo y me dijo que coma, por lo tanto comí. Más tarde me dijo que si yo no comía, ellos pensarían que los estaba despreciando. Esa fue la primera lección, de muchas que aprendí en el barrio con los villeros”.

Decidió traducir los libros de filosofía al idioma popular (...) para que los pensamientos más profundos sean accesibles a mayor cantidad de personas

Todos los problemas que había dentro del barrio se resolvían por medio de asambleas, que al decir de Martha, le enseñaron a enfocar su enseñanza filosófica. Sorprendida, cuenta cómo se le erizaban los pelos cuando escuchaba hablar en las asambleas barriales de temas muy profundos, pero con las palabras más simples, y eso es algo que tomó para sí misma y para ejercer la docencia. Decidió dejar de “hablar en difícil” y traducir los libros de filosofía al idioma popular, el mismo que se hablaba en las asambleas, para que los pensamientos más profundos, fueran accesibles a muchas más personas. Comenzó a simplificar los términos técnicos que tiene la filosofía, tratando de que no se perdiera la esencia de su significado. Eso trajo aparejado problemas con sus colegas más academicistas, que no estaban de acuerdo con su técnica de popularizar el lenguaje, pero Martha defendió su enfoque desde ese momento, y mantiene esa posición hasta ahora.

Ante la desesperación de sobrevivir

Las aguas cada vez se caldeaban más en la Argentina, con el presidente Perón ya fallecido e Isabelita y “El Brujo” López Rega al mando, la situación política y social en el país se iba por la borda. La dorada época estudiantil estaba llegando a su más trágico fin. Con la creación de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) comenzó a perseguirse a cualquiera con ideas distintas, al que opinara, al que estuviera a favor del país y su crecimiento intelectual. En definitiva, a cualquiera que representara una amenaza para el régimen totalitario y genocida que se estaba gestando y que reinaría finalmente desde el funesto Golpe de Estado del 24 de marzo del 76. Dentro de este contexto sociopolítico de vergüenza, un personaje como Martha Bardaro no era funcional al sistema, a decir verdad, molestaba.

Tan sólo dos meses después de la asunción del gobierno de facto, Martha junto a otros colegas suyos, fueron avisados de que se les aplicaría la Ley de Prescindibilidad, es decir que los despedirían de sus respectivos cargos. Fue en ese momento cuando se vio obligada a dejar su cátedra de Filosofía como profesora adjunta en la UNNE. El Mayor Ferraris era el interventor de Rectorado, y éste ante la protesta de los docentes solo atinó a decir que eran “ordenes de arriba”.

Martha cuenta que sabía cuales eran las circunstancias en las que estaba inmerso el país, pero a pesar de eso decidió no abandonar el trabajo social que estaba llevando adelante. Las medidas tomadas pertenecían a las reglas del juego del poder, y teniendo en cuenta su conocimiento de las mismas, de todos modos ella decidió arriesgarse y asumir las consecuencias de sus actos.

Allí comienza una historia digna de ser contada en la vida de Martha, un fragmento que la marcó, dejando huellas imborrables en su persona y en su espíritu. Al ser removida de su cargo, y a sabiendas de que no la tomarían para hacer el trabajo para el cual había estudiado, tuvo que comenzar a rebuscárselas para sobrevivir y trabajó en diversos rubros. Hizo de todo un poco, pero el trabajo que más le divierte contar que realizó fue cuando estuvo de Gerente en Etam, una casa de modas. Su rostro se transforma cuando cuenta la anécdota y se ríe de la situación tragicómica que significó en su vida llevar a cabo ese trabajo, ya que para ella la moda está entre las últimas prioridades. Se peleaba con los Gerentes Generales protegiendo a sus empleadas, y sufría con el hecho de no poder hablar más que del tiempo o la nueva onda de la moda.

La situación la sobrepasó, y renunció. Entonces vivía en una casa en Villa Río Negro, que pertenecía a su familia y en otros tiempos era usada para el fin de semana, hasta que ella tomó posesión del lugar para ir a vivir sola, entre el revuelo familiar. Cariñosamente llamaban “El Rancho” a la casa, debido a que era una construcción muy precaria, de ladrillo y techo de chapa.

Sola, sin trabajo, sin poder ejercer, y en medio de la desesperación, se le ocurrió sacar un préstamo en el banco, pidió a un amigo que la ayudase con el proyecto de poner un kiosquito. A partir de ahí, debió dejar “El Rancho” porque no era un lugar indicado como para instalar ese emprendimiento. Encontró una casa para alquilar por la calle Irigoyen, cerca de la Municipalidad, donde pudo ubicarse. Allí comenzó su osadía.

En plena Dictadura militar, habiendo sido prescindida por ser persona no grata para el sistema, decidió alquilar libros que eran suyos, en el kiosquito, con dos anaqueles llenos.

Algunos de sus clientes le pedían recomendaciones para los libros que iban a alquilar, y luego de leídos, lo comentaban con Martha. Esto llevó a que se armaran debates interesantísimos en el kiosquito de libros, que hicieron que disfrutara cada día que pasaba allí. Además, se hablaba de temas mucho más interesantes que la moda y el tiempo.

Nunca supo si los militares la perseguían, pero hoy supone que lo habrán hecho. El hecho que para ella la salvó de ser víctima de la Dictadura es que nunca le preocupó si la seguían o no, a pesar de que sabía que a sus compañeros militantes los perseguían. En la realidad del país, el hecho de reunirse a debatir sobre libros era algo unimaginable, ya que todo tipo de libre albedrío, discusión y defensa de posiciones, estaba debilitada y amenazada por el poder. Allí reside la importancia del modestísimo kiosquito donde alquilaba libros Martha Bardaro. Además, revela una manera muy particular de ver las cosas, mas precisamente, una filosofía de vida singular y admirable.

Cada porción de la vida de Martha deja un halo de esa filosofía que le marcó el camino en todo momento y ante cualquier situación. Más tarde, cuando la democracia comenzaba a instalarse en el pueblo y la mentalidad argentina, mientras continuaba con el alquiler de sus tan preciados libros, llegó la orden de restituir en sus cargos a los docentes prescindidos en la Dictadura. Para volver, le dijeron que debía adaptarse al programa de la profesora que la había reemplazado, y una vez más su templeza resistió, no aceptó las condiciones.

Al Decano no le quedó mas remedio que crear una cátedra paralela de Filosofía, instaurando una gran controversia. La expectativa del alumnado colmó las aulas, interesados por saber acerca de ese bicho raro que había vuelto y había generado tanto revuelo.

Debido a la imposibilidad de muchos de sus alumnos de conseguir los libros, a Martha se le ocurrió abrirles las puertas de su casa desde las 7 de la mañana hasta las 12 de la noche, todos los días en los que el kiosquito estaba abierto. Durante horas, los libros colmaban la mesa del comedor, y sus alumnos podían recurrir a los textos sin ningún problema, y llamarla si tenían alguna duda. Recuerda esos momentos como gloriosos por los debates y discusiones que se armaban entre los estudiantes, teniendo que intervenir muchas veces, para guiar el debate o calmar las aguas.

Actualmente es una reconocida Profesora en Filosofía, pero su persona va mucho más lejos, vivió numerosos momentos cruentos, pero su manera particular de ver las cosas la ayudaron a sobrellevarlos. Hace que la filosofía sea entendida por cualquiera que no haya leído nunca nada al respecto, y eso ya la hace especial. Su primer libro “¿Qué es la Antropología Filosófica?” refleja perfectamente este hecho. El segundo fue publicado por la Subsecretaría de Cultura, y nació a partir de una Conferencia que dio, invitada por el “Fogón de los Arrieros”, sobre la obra del maestro, periodista y poeta Aledo Luis Meloni, vista desde el punto de vista de la filosofía.

En plena gestación de su tercer libro, cuenta que será una recopilación de una gran cantidad de artículos que ya tenía publicados desde la década del 60 en revistas de circulación universitaria en Resistencia, Buenos Aires, La Plata, Chile y México.

Textos, pensamientos, causas, ideas que se remontan a 40 años atrás pero que siguen vigentes, décadas de coherencia de mentalidad y objetivos cumplidos y ganados. Su filosofía de vida es mayor a la que predica clase tras clase, café tras café, porque con solo hablar media hora con ella, se logra ver que su espíritu setentista está intacto y logró a través de este fragmento de su vida lo que tanto desea, una “coherencia entre lo que sentís y lo que pensás, entre lo que pensás y lo que decís, y entre lo que decís y lo que hacés”. Una filosofía de vida que hay que tener en cuenta, estudiarla y admirarla, porque la coherencia es algo que escasea en un país tan golpeado, y con tantas batallas intelectuales perdidas.

Una Filosofía, una vida

El 5 de julio de 1940 nace en Resistencia Martha Bardaro, la nena de la familia. De padres correntinos aquerenciados en el Chaco, es la menor de tres hermanas, una de ellas adoptiva. En esos años su casa ubicada en la calle Sanz Peña, a metros de la Avenida 9 de Julio, no se encontraba en el microcentro de la capital chaqueña como en la actualidad, sino que era una de las pocas de la manzana. Rodeada de calles de tierra, arboledas y mucha naturaleza intacta. Era una casa grande, con un pasillo central con las puertas de las habitaciones dispuestas a los lados, y un techo tan alto que hacía que las telas de araña estuvieran a salvo de su peor enemigo: el escobillón. Hoy, 60 años después, la casa de su infancia es la casa de sus años maduros, con todas las huellas que el tiempo y las vivencias logran marcar en un edificio.

Llevaba una vida modesta, ya que se vivían solo del negocio del padre, que vendía cocinas a leña y a querosén, lámparas, artículos sanitarios, etcétera. Tenía un equipo de trabajadores a su cargo, era un negocio bastante grande. El negocio se fue achicando cuando su padre supo que tenía problemas del corazón, y los doctores comenzaron a prohibirle realizar ciertas actividades, como manejar o ver partidos de fútbol.

La Escuela Normal Sarmiento fue sede de su Primaria y Secundaria, y al terminar esta última, creyó que su vocación era la psicología. Por falta de recursos no pudo viajar hacia una provincia donde le ofrecieran la carrera. En esos años se abrió la carrera de Filosofía y Ciencias de la Educación, y creyendo ingenuamente que allí algo de psicología iba a ver, se inscribió un tanto a ciegas.

Ciencias de la Educación fue un fracaso total, pero la Filosofía la fue seduciendo y la hizo suya para siempre, en ese momento no sabía el importante paso que estaba dando para su vida posterior.

Ya recibida de Profesora, e iniciándose en la militancia sociopolítica del Peronismo de Base, se mudó a vivir sola en plena década del 70, a un barrio aledaño y casi deshabitado del conglomerado capitalino, Villa Río Negro. Allí comienza su militancia más exhaustiva, asistiendo a asambleas que le dejaron huellas imborrables en el alma, donde hubo un intercambio mutuo con las personas del barrio, donde aprendió mucho, y dejó todo.

Con el comienzo de la peor Dictadura en la historia argentina, fue obligada a dejar de ejercer, ya que le fue aplicada la Ley de Prescindibilidad, y la destituyeron de su cargo

como profesora en la universidad. Para mantenerse, instaló un kiosco en el centro de Resistencia, alquilando sus propios libros.

Sin bajar por un segundo los brazos, y con la frente bien alta siguió adelante, y logró ver cómo el régimen totalitario que imperaba en el país se caía, y se llevaba consigo 30 mil desaparecidos y una guerra en la que nunca debimos participar.

Tiene dos libros de filosofía publicados, y un tercero en camino que la está manteniendo más que ocupada. Aún así no olvida la recreación, en cada comienzo de julio da inicio a la fiesta. Le encanta festejar su cumpleaños. Hace dos festejos siempre, uno donde reúne a toda la familia, y unos días después con amigos. Se juntan en algún campito o casa con jardín grande, donde haya mucha naturaleza. Infaltable es un buen vino y un asadito, como para no olvidar que estamos en Argentina.

Con 66 años recién cumplidos es un ejemplo de vida, no por fumar un cigarrillo tras otro, o por ser adicta al café, sino porque esa filosofía con la que enfrentó cada momento de su vida es transmitida con cada palabra, al igual que su pasión por la vida y sus amigos.